El Soft libre

En la capital de Eurasia se encuentra la sede principal del Ministerio de Sistemas Operativos, donde el Gran Hermano Windows lo controla todo. La red es su patio de juegos: cada byte, cada clic y cada línea de código está bajo su vigilancia. Ya nadie cuestiona su autoridad; las actualizaciones forzadas, las pantallas azules, los reinicios sin aviso, los virus y la ineficiencia se han convertido en ley.

Windows lo sabe todo. Windows lo ve todo.

La historia oficial afirma que, hace mucho mucho tiempo, el software se distribuía sin control. Que era difícil de instalar, que los virus acechaban los sistemas operativos, y que las terminales eran un enigma que solo unos pocos podían descifrar. Los carteles siempre repiten:

“El mundo estaba perdido en su libertad, hasta que el maravilloso Windows nos salvó.”

Pero no todos estaban convencidos.

Entre los miles de programadores obedientes que trabajaban en los sótanos del Ministerio, había uno que no encajaba del todo. Su nombre era Lin. Tenía ojos vivos, pelo liso y gafas redondas. A simple vista era igual a todos, pero había algo distinto en él: su mente inquieta.

Desde hacía ya tiempo, Lin estaba cansado. Cansado de programar en bloques, de usar código precompilado sin saber qué había dentro. Él sentía que era mejor que eso. El soñaba con escribir código libremente, con compartir, conversar, colaborar y vivir en comunidad.

Pero al final del día, todo eso no era más que una fantasía peligrosa. Aquellos pensamientos violaban algo muy importante: su licencia de pensamiento, que era de uso limitado. Si alguien llegaba a enterarse de lo que pasaba por su cabeza, probablemente sería encerrado y enviado a rehabilitación por “pensamiento libre no autorizado”.

Una noche, Lin no podía dormir. Su mente estaba inquieta; no dejaba de pensar en la nueva actualización de Windows y en cómo su computador se volvería aún más lento. En medio de la desesperación, encendió su equipo y buscó en WindowsHelp qué podía hacer. Entre millones de respuestas que decían “cómprese un nuevo computador”, encontró un enlace sospechoso, firmado por alguien llamado Torvalds. Sin pensarlo demasiado, lo abrió. Al entrar, descubrió una pequeña página, muy simple, con un gran botón que decía "Descargar", con las manos temblorosas y contra todo lo que siempre había conocido, lo presiono.

Después de un rato, la descarga terminó. Su computador se apagó. Dos segundos después, se encendió de nuevo… pero esta vez, no estaba en el nuevo Windows 18.9, sino en algo llamado Linux Mageia. Un nombre extraño, pensó Lin.

Pero no sintió miedo. Al contrario: algo en su interior se encendió, como una chispa creativa que no recordaba haber sentido jamás. Y no solo fue su creatividad la que despertó. También revivió algo que Lin creía perdido hacía mucho tiempo: su esperanza.

Emocionado, Intento cambiar el fondo de pantalla por una foto de su comida favorita, las papas fritas, pero por error abrió el código fuente del sistema operativo. En ese momento, y tras años de opresión, comprendió por fin lo que significaba la verdadera libertad.

Pero Lin no se quedó ahí. Él no era así. Aquello no solo lo liberó: despertó en él el deseo de compartir ese software de licencia libre con el mundo entero.

Moraleja: Compartir conocimiento y usar software libre es la mejor forma de recuperar la libertad frente al control absoluto.

Texto inspirado en 1984 de George Orwell

Soft libre © 1999 by Martin Sanmiguel is licensed under CC BY 4.0. To view a copy of this license, visit https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/